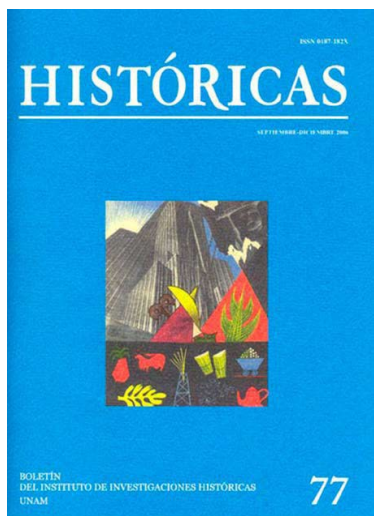




Artículo: La parada del ridículo

Autor(es): Salazar Mallén, Rubén

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 77

Año: 2006

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Salazar Mallén, Rubén. "La parada del ridículo" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 77 (2006): p. 29-32. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3600>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

○ REIMPRESOS

La parada del ridículo*

Rubén Salazar Mallén

Federico Juncal era un periodista pequeñín, rubianco, muy pecoso. Tenía a su cargo la sección de deportes, la “fuente” de deportes, como se dice en la jerga periodística, de *El Nacional*. Su afición por las fiestas del músculo y su admiración para los que triunfan en ellas era sincera. Por eso, a menudo, se le veía acompañando a Raúl Fernández, *Foch*, el mejor jugador de basket-ball que ha tenido México. Federico Juncal fue asesinado una noche cerca de Pachuca.

Dejó una herencia: a él se le ocurrió que el aniversario de la Revolución debía ser conmemorado con un encuentro atlético nacional de ejidatarios, creo. Lanzó la iniciativa desde las columnas del diario en que escribía y la vio convertida en realidad. Entonces tuvo una nueva ocurrencia: que todos los que participaban en el encuentro atlético, al concluir la justa, desfilaran por las calles de la ciudad.

Ésa fue la semilla de los actuales desfiles del 20 de noviembre, cada año más copiosos, más tristes, más envilecedores y, también, ¡también!, más brillantes, en el peor de los sentidos. En el peor de los sentidos, porque bajo la pompa exterior ocultan la mentira, la vergüenza, la infamia. Esos desfiles, esas paradas, son como los sepulcros de que hablan los Evangelios, blancos de por fuera y repletos de podredumbre.

El hecho mismo de que sean tan brillantes los acusa. Los forzados, los galeotes que en ellos toman parte, para olvidar la humillación que se les impone, para disimularla siquiera, dan un esplendor no deportivo, sino zarzuelesco, al acto. Es como si, desfigurándolo, quitándole su carácter, tomaran venganzas. El desfile deportivo trócase así en un concurso de trajes visto-

* Publicado originalmente en la revista *Hoy*, 10 de diciembre de 1938, p. 17 y 94. El autor nació en Coatzacoalcos, Veracruz, en 1905 y murió en 1986. En su juventud, fue militante del Partido Comunista Mexicano y en la década de los treinta se convirtió al fascismo y formó una minúscula asociación, de corta duración, llamada Acción Popular Mexicana. Nunca negó este pasado. Al final de su vida prefirió llamarse anarquista de derecha. Se dedicó al periodismo, la literatura y la docencia. Más allá de sus simpatías ideológicas, este texto muestra el desencanto que la Revolución Mexicana generaba durante el cardenismo. Años después Salazar Mallén escribió un relato, *Soledad* (1944), en que retrata las desventuras de un burócrata amargado —de estirpe gogoliana, dice Christopher Domínguez—, por el que muestra una simpatía parecida a la que tiene por los empleados compelidos a desfilar. Datos tomados de: Christopher Domínguez Michael, *Tiros en el concierto. Literatura mexicana del siglo V*, México, Ediciones Era, 1997, p. 341-357. (Nota del editor.)

sos, alegres, un poco grotescos a veces. Conviértese, pues, en la parada del ridículo.

Porque ridículo es suponer que los morriones, los penachos, los alamares, los entorchados, son algo deportivo. Lo que al deporte atañe es sobrio, escueto, desnudo, su virtud no es suntuaria. Pues la fuerza y la destreza no se consiguen ni se demuestran vistiendo bonitas ropas. La flexibilidad y la potencia del músculo son las que dicen de la calidad deportiva.

La venganza ha corrido a cargo de las mujeres que, más sutiles, con la disculpa siempre aceptable de su vanidad, han ridiculizado la parada del 20 de noviembre. Quizás ellas mismas no lo han notado, quizás esa voluntad de ridiculizar el desfile a que se les obliga, si no quieren perder el empleo, se desliza silenciosamente por los oscuros rincones de la inconciencia, para estallar en colores y formas y actitudes bajo el cálido sol.

Los hombres, con sus armas melladas para luchar en esta ocasión, no pueden oponerse, no tienen medios para oponerse; pero saben también que cualquier resistencia significaría el hambre en los hogares y los hijos que lloran, y la esposa que sufre abnegada. Por eso, sobre sus pasos cansados, nada propios de un deportista, de un atleta, ponen sus vientres rotundos, o sus pechos deprimidos, o sus hombros lánguidos. Y la caravana avanza, empujada por el ridículo, ante los ojos de una plebe inhumana que aplaude al paso de la humillación, y ante los ojos de funcionarios que, poseídos por un mezquino cesarismo, se embelesan viendo cómo han logrado esclavizar a una multitud, a pesar de todas las leyes, de todos los discursos, de todas las promesas.

Es triste, triste, la parada del 20 de noviembre. No obstante que un sutil ardid la hace ridícula, no le quita la tristeza. En el fondo de ella, no muy profundamente, palpita la degradación. Porque es degradación forzar a los burócratas a que desfilen, bajo la implacable amenaza de que, si no lo hacen, serán arrojados a la miseria y sus puestos entregados a los validos, a los que, por no tener vergüenza, se prestan a todo de buena gana.

Porque es degradación forzarlos a que celebren, con su cansancio y con su rubor, el aniversario de un hecho que debió ser principio de la libertad y ha sido convertido en principio de la opresión. La fecha, que un tiempo fuera gloriosa, cuando el ideal no había sido enturbiado por la hipocresía y por la demagogia, es ahora fecha de angustia, de desdicha. La Revolución, entregada, puesta en manos de la demagogia, es ahora un estigma, no un timbre de orgullo. Lo saben muy bien los burócratas, que acaban de ser lanzados a la voracidad de los líderes. Lo sabe muy bien México, que padece la dictadura brutal, cínica y empavesada de frases de los llamados defensores del proletariado, que no son sino los tiburones del dolor.

Porque México, en donde todos los días se cantan endechas y se dicen madrigales a la libertad y a la democracia, padece la más ruda dictadura de su existencia. Véase el caso reciente de la huelga de electricistas: el pueblo, en Guanajuato —el fenómeno tuvo relieves que hacen imposible negar el acontecimiento—, el

pueblo reclamaba que se le dejara vivir y trabajar en paz; pedía que, no por satisfacer la ambición de dos o tres lidercillos, se entorpecieran las actividades; pero no se escuchó al pueblo, no se le quiso oír, porque las autoridades, las autoridades de un Estado democrático y amigo de la libertad colocaron los intereses de los líderes por encima de los del pueblo hasta que éste, exasperado, amenazó hacerse justicia por su mano. Entonces, no sin que la tolerancia oficial hubiera permitido atropellos contra los que, éstos sí, hablaban en nombre de la libertad y la dignidad, entonces, se oyó la voz del pueblo. Antes, mientras la ira no estallaba, las autoridades sonreían sádicamente, haciendo guiños a los líderes.

El pueblo no cuenta en México. Aquí hay un gobierno que no escucha sino a los líderes, y eso a ciertos líderes, como si éstos fuesen la expresión, siquiera un eco de la expresión de la voluntad popular. No hay justicia para el pueblo de México. Todas esas concesiones y supuestos derechos que se le otorgan, que se le “dan” como una gracia, para que quede agradecido y subordinado, no son sino modos de envilecerlo. Los procedimientos son tales, que a cada concesión corresponde una resignación de la dignidad.

Incluso cuando no se da, sino se pide o se exige algo al pueblo, se toma de él mucho más de lo que se le ha exigido. Así, en el caso de la parada del 20 de noviembre, se obliga a los desdichados burócratas a desfilar; pero eso es lo menos. Al obligarlos así, se les desmoraliza, se les imbuye sutil, siniestramente, esta idea: si quieren vivir, si quieren conservar el empleo que les permite vivir, han de prestarse a la celebración de una fiesta que no sienten, que no aman en lo íntimo. Esto es, han de fingir. Y, claro, eso no significa sino la exaltación de la idea de que, para conservar una vida precaria, nada importa fingir, nada importa negarse a sí mismo.

¿No es eso desmoralizador, no es destructor de la dignidad humana? Incuestionablemente que sí.

Y ese sentido desmoralizador, o, más bien dicho, inmoralizador, riega todos los actos del actual régimen. Hermanos de la parada del ridículo son los actos demagógicos con que se engaña y se encadena al pueblo. Al trabajador se le hacen efectivos los derechos consagrados ya por la ley; pero, a cambio de ello, se le exige que se constituya en un servidor, en un sirviente, en un esclavo de los líderes que disfrutan del favor oficial. Si para su desgracia, el trabajador no ha sabido ir al sindicato o a la organización que de ese favor disfrutan, será tratado como un perro, se le negarán sus derechos, así estén plenamente consignados en la ley. Para persuadirse de ello, no hay sino ver cómo son postergadas la CROM y la CGT, en tanto que los sindicatos adheridos a la central del líder cortesano obtienen constantes triunfos.

El objeto de semejante conducta no puede ser más claro: es inmoralizar a los trabajadores, murmurarles muy quedito en el ánimo, sin palabras: lo importante no es estar con las propias convicciones, ni creer en qué es lo bueno, ni hacer lo bueno, sino estar con los poderosos, con los protegidos oficialmente. O, de otro modo: es estúpido vivir honestamente.

Otro tanto ocurre en los campos. A los campesinos se les dan tierras. Se les dan en un cierto sentido figurado, porque los comités ejidales están siempre bajo el control político, de modo que la tierra puede ser arrancada en cualquier momento al campesino concreto, real, aunque subsista la distribución agraria. Y bien, esta distribución tiene su precio: el campesino queda encadenado a las farsas electorales, debe servir a los caciques de los lugarejos, debe formar en manifestaciones repletas de insinceridad, faltas de todo carácter espontáneo.

El objeto es el mismo que en el caso de los trabajadores industriales: inmoralizar a los hombres, presentarles la honestidad y el bien como algo tonto, ineficaz e indigno.

Tal es ahora la Revolución, tal es el movimiento por el que tantos dieron su sangre: una vasta tarea de inmoralización del pueblo. No es de extrañar, por tanto, que la Revolución, la así llamada, la que tienen en usufructo los impostores, empiece a ser odiosa. Y que se añore la verdadera Revolución, la que yace hundida entre montañas de inmundicia, la que iniciaron los hombres puros y sinceros.

¿Qué de raro hay en que algunos vuelvan la vista al pasado y digan y hablen de la Revolución de “entonces” y la de “ahora”? Es que la de ahora ya no es Revolución, sino una grande, inmensa, proterva farsa. Es que ahora la Revolución, si Revolución es esta empresa enorme y siniestra de inmoralizar al pueblo, da asco.

¡Cómo pasará a la historia, manchada de podredumbre, hedionda, esta época! ¡Con qué horror los mexicanos de los siglos venideros, si es que para entonces hay mexicanos que se hayan salvado de este naufragio, si es que México no sucumbe a la traición que insidiosamente le corroe las entrañas, con qué horror examinarán estos días tan tristes, tan deplorables, tan mezquinos, tan manchados por la perversidad, por la mentira!

Ellos verán que se llamaba Revolución a la labor de convertir al pueblo en una pira, en un sucio conjunto de hombres envilecidos, llevados a la indignidad por quienes se decían revolucionarios. Y ellos también nos compadecerán a los hombres de esta época, que de tal modo fuimos traicionados, y execrarán a quienes, llamándose revolucionarios, hundían, o trataban de hundir, al pueblo en la inmoralidad, para hacer de cada uno de sus hombres una bestia.

Sí. La historia ha de clamar con lengua de fuego contra los días que vive México. Y todos los que ahora son grandes y héroes y salvadores, por la tau-maturgia de un servilismo hábilmente estimulado, quedarán en el lugar que merecen.

Es en vano que se pretenda engañar a la historia con desfiles de zarzuela. La parada del ridículo, la del 20 de noviembre, conseguirá, a lo sumo, desarrollar un poco de servilismo que los falsos revolucionarios han sembrado y cultivan en nuestro suelo; pero el engaño no perdurará, no tiene valor de perennidad. Vendrán los hombres libres, vendrán los que no fueron aplastados ni aplastaron a los días amargos de México, y su juicio será terrible. □

○ NOTAS DEL IIIH

PREMIOS Y DISTINCIONES

La doctora Elisa Speckman Guerra ingresó a la Academia Mexicana de Ciencias Penales como académica supernumeraria el 9 de noviembre. En ese evento, leyó el trabajo "Del Antiguo Régimen a la modernidad: un análisis de la justicia". La respuesta estuvo a cargo del doctor Sergio García Ramírez, en la sede de dicha academia.

EVENTOS ACADÉMICOS

En la sede del instituto, el 6 de septiembre de 2006 se llevó a cabo el panel de discusión en torno al libro de Eric Van Young *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821*. En la discusión par-

ticiparon Virginia Guedea, Ana Carolina Ibarra, Alfredo Ávila y el autor.

En cuatro sesiones se llevó a cabo el Curso de historia precolombina de México, impartido por Daniel Graña-Behrens de la Universidad de Bonn, en septiembre de 2006.

En la sede del Instituto, el 24 de noviembre de 2006 se realizó, en colaboración con la Universidad Iberoamericana y Fomento Cultural Banamex, el Homenaje a Edmundo O'Gorman, con la participación de Alicia Mayer, Perla Chinchilla, Conrado Hernández, Álvaro Matute, Josefina Zoraida Vázquez, Elisa Vargas Lugo, Federico Reyes Heróles, Gloria Villegas, Alberto Dallal y Jorge Alberto Manrique. Algunos de los trabajos aquí presentados serán publicados en el próximo número de este boletín. □

